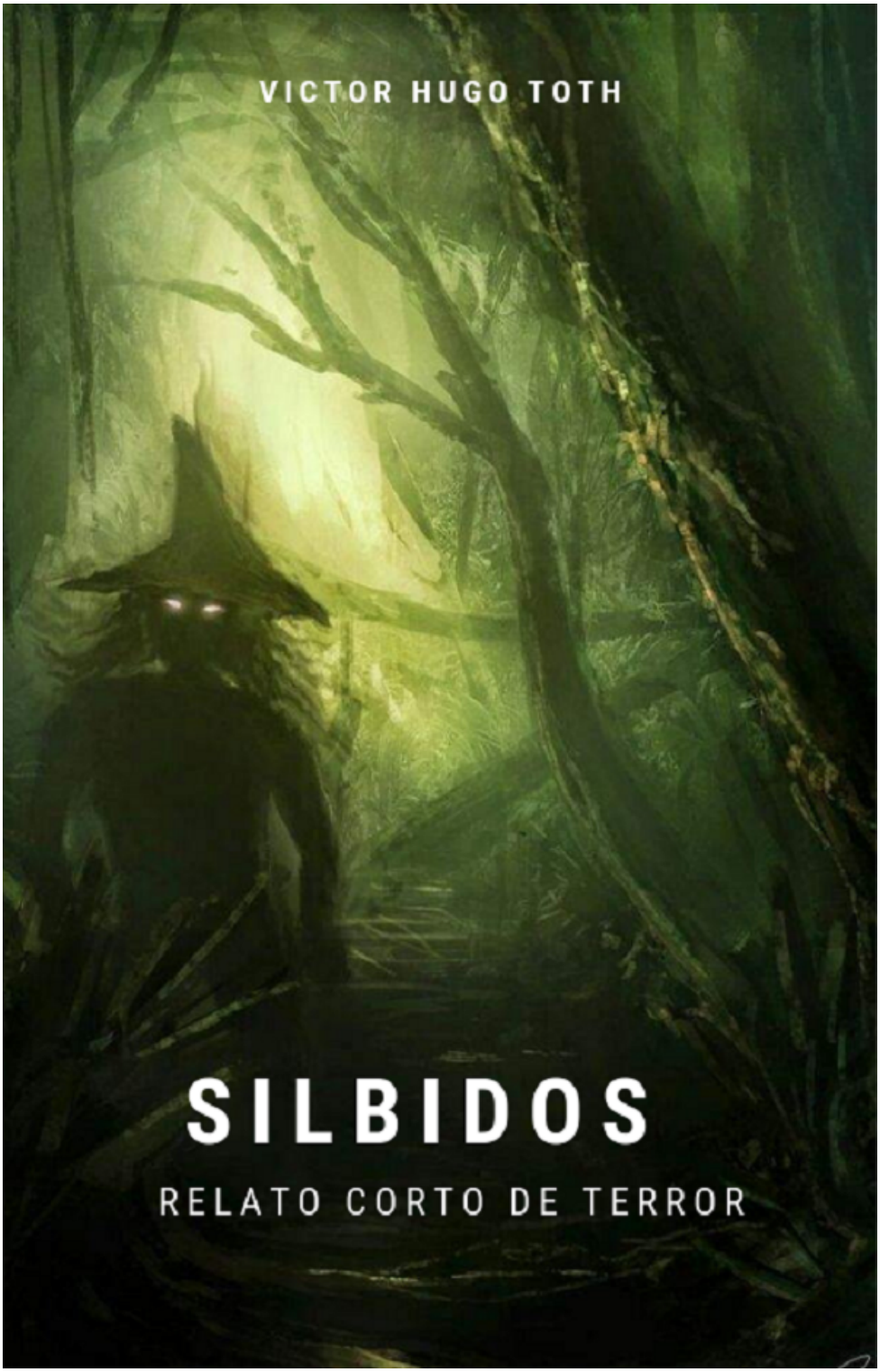
Silbidos

victor hugo toth



Capítulo 1

Quizás si has tenido la suerte de nacer y crecer en la gran ciudad, jamás has tenido que preocuparte de los terrores ocultos que acechan en los campos. Y si de terrores hablamos, ninguno se encuentra anidado tan en el fondo del subconsciente de las personas del litoral como el Pombero. Su nombre puede sonar raro, hasta gracioso, pero no se confundan, este ser ha atormentado a los habitantes de las provincias del norte argentino y Paraguay desde lejanas épocas, en las que todo el territorio era habitado por los pueblos indígenas. Incluso ellos se cuidaban de no internarse solos en la espesura de los montes para evitar caer en sus hechizos. Pero Mario Vargas, no ha tenido ese cuidado. Acaba de llegar desde la ciudad a pasar sus vacaciones en San Antonio, un pequeño páramo rural en las costas del Río Paraná. Con tan solo trece años y acostumbrado a las actividades de la ciudad, Mario pasaba sus tardes aburrido, mirando los sembradíos de yerba mate que se movían con las ocasionales ráfagas de viento. El calor extenuante lo abrumaba, su desesperación fue creciendo al pensar que allí no tenía amigos, solo tenía el sonido de esos estúpidos pájaros que cantaban alegremente sobre el árbol de roble bajo cuya sombra se encontraba sentado.

-Estúpidos pájaros! -Gritó y tomando una gran piedra se la arrojó a las aves que salieron volando despavoridas en todas direcciones.

-No Mario no hagas eso! -Le reclamó su abuelo que lo miraba desde la ventana de la vieja casona de madera que era su hogar. -No puedes hacer eso aquí.

-Por qué no? Son solo aves.

-No por las aves hijo. Podrías hacer enojar al pombero.

-Que es esa patraña abuelo? ¿De verdad crees que me asustarás con esas historias tuyas?

-Te lo advierto Mario. El pombero es el protector del monte. Si llega a verte molestando a las aves, o vagando solo a la hora de la siesta, el vendrá a llevarte.

Mario lanzó una carcajada burlona y grosera. -El pombero no existe. No creo en esos cuentos de hada abuelo. Ya deberás saberlo. Esas cosas no existen.

-Mejor ten cuidado. El pombero no es un cuento de hadas, es un espíritu muy poderoso que habita estos campos mucho antes que nosotros. Quizás no te des cuenta, pero él siempre se encuentra observando. Si escuchas con atención escucharas su silbido a lo lejos, pero no te confundas,

mientras más lejos se oiga, más cerca estará. Es una manera de confundirte.

- Dime una cosa abuelo. ¿Cómo es su aspecto?

-Nadie lo sabe. Alguno lo describen como un hombre pequeño, fortachón, con su cuerpo completamente cubierto de pelos. Algunos afirman que lleva un gran sombrero de paja y un bastón.

-Suena que es parecido a ti abuelo. -Volvió a burlarse el pequeño. -Tú lo has visto?

-No. Jamás lo he visto. Pero lo he oído. Varias noches, cuando volvía solo por los caminos he sentido sus pasos y oído sus silbidos siguiendo mi recorrido. Para no provocarlo le he dicho que no era mi intención molestarlo. Y en algunas ocasiones le he dejado en esta misma ventana una ofrenda de miel y tabaco, los cuales desaparecían por las mañanas. Por eso sé que él siempre anda por aquí. Nunca me ha hecho ningún mal, pero si alguien lo provoca puede ser muy peligroso. Hazme caso Mario, pórtate bien y no molestes a las aves. -Le advirtió el anciano, para luego irse a dormir la siesta como era su costumbre en las horas más calurosas.

-Lo que tú digas abuelo. -Le contestó el muchacho sin hacer el más mínimo caso a sus advertencias.

Intrigado por la historia de su abuelo y pensando en demostrarle que el pombero no existía, Mario comenzó a caminar por los sembradíos. El extenso campo se extendía por varias hectáreas rodeadas a sus lados por la imponente selva misionera.

Cuando llegó al borde del terreno de su abuelo, Mario observó con detenimiento la espesura de los montes que se extendían más allá de la vista, interrumpido solo por el serpenteante recorrido del Rio Paraná. Ente la maraña de árboles, raíces colgantes, enredaderas y maleza, pudo observar un pequeño sendero apenas visible. -Es hora de explorar. -Dijo olvidándose completamente de las advertencias.

Al entrar por el estrecho camino, inmediatamente se maravilló por el imponente tamaños de los árboles, cuyas copas tapaban por completo la entrada de luz. El suelo cubierto de hojas secas escondía miles de insectos de todo tipo que se deslizaban cerca de sus pies. Enormes telarañas colgaban de las ramas donde desafortunadas criaturas caían bajo el veneno de las arañas. Todo era maravilloso. El calor y la humedad eran mucho más intensos allí, pero a Mario no le importaba, se encontraba sorprendido por toda esa peculiar belleza, aquel verdor que nunca había podido disfrutar en el gris concreto de la ciudad. Pero lo que más lo maravilló fueron los sonidos. El canto de cientos de clases de aves se

entremezclaba con el sonido de los grillos y el crujir de las ramas. Sin darse cuenta, Mario se iba internando más y más en el interior de la selva. Mientras escuchaba los cantos de las aves un leve sonido, lejano, casi imperceptible se oyó. Un suave silbido que luego fue creciendo en potencia, cada vez parecía estar más y más cerca, hasta que pareció estar frente a él. El ser que lo emitía permanecía oculto por la maleza.

-Solo es otra estúpida ave. -Pensó para sí mismo y tomando una gran roca la arrojó entre los matorrales, pero esta vez, ningún ave emprendió el vuelo. Sorprendido, volvió a arrojar otra roca, está vez, el silbido sonó justo detrás de él y mil veces más potente. Tan potente que tuvo que taparse los oídos del dolor que le provocaba. Aterrado, se dio vuelta, pero no vio nada. El terror lo invadió al darse cuenta que se encontraba solo en medio de la selva. De pronto un fuerte golpe en la cabeza lo hace caer al suelo, la misma piedra que había arrojado le había vuelto y golpeado con fuerza. -¡¡¡¡Quien anda ahí?!!-Gritó aterrado.

Mirando hacia todos lados intentó encontrar el camino de regreso, pero el sendero no estaba, aquella vista que lo había maravillado, ahora parecía tenebroso y oscuro, y los sonidos de los animales sonaban con más y más intensidad. Comenzó a caminar sin saber hacia dónde se dirigía, caminó interminables horas, pero solo parecía adentrarse más en la inmensidad de la selva. Mientras lamentaba con todas sus fuerzas no haber escuchado a su abuelo, Mario sintió que algo le tocó el hombro, miro hacia atrás esperanzado de que alguien lo hubiera hallado, pero no vio a nadie, solo las ramas de los árboles que parecían encerrarlo cada vez más. El espeluznante silbido comenzó a oírse por todo su alrededor. -Por favor! -Suplicaba el niño. -Por favor perdóname. -Pero el silbido no hizo más que aumentar su intensidad.

Completamente fuera de sí, con su corazón palpitando tan fuerte que parecía que le saldría por la boca, el pequeño corrió ciegamente. Las ramas impactaban contra su rostro con violencia. Las enredaderas lo hacían tropezar y al caer, cientos de hormigas y arañas trepaban por su cuerpo. Una enorme serpiente pasó siseando junto a él pálido niño que ya no podía más del terror y la angustia. Cuando estuvo a punto de rendirse, Mario vio a lo lejos la salvadora luz que entraba desde un claro. Era el campo de su abuelo. Sintiendo que el alma le volvía al cuerpo, corrió con todas sus fuerzas. Cuando finalmente alcanzó la luz, se cayó desvanecido impactando su rostro contra el duro suelo de tierra colorada. Lo último que vio fue el preocupado rostro de su abuelo que lo tomaba entre sus brazos.

Cuando finalmente despertó, la noche había caído. Mario se encontraba en la penumbra de su habitación. Por la ventana entreabierta, se observaba la inmensa luna llena elevándose entre las copas de los árboles. Sintió un inmenso alivio al escuchar a su abuelo hablando por teléfono desde la sala. Respiró profundamente y pensó que todo podía haber ido producto

del calor y su imaginación. Pero las cortinas que flameaban mecidas por el viento que soplaba entre la ventana lo pusieron nervioso. Con cuidado se levantó de la cama y se dirigió a cerrar la ventana. Pero al acercarse pudo oír aquello que le erizó hasta la última fibra de su cuerpo. Un silbido comenzó a oírse a lo lejos traído por la brisa como un murmullo distante. Aterrado cerró la ventana y corrió nuevamente hasta su cama y se tapó con las mantas como si estas fueran una especie de refugio. Al recordar las palabras de su abuelo diciendo que entre más lejano el silbido más cerca estará el pombero, se llenó de pavor. De pronto la ventana comenzó a sacudirse con violencia hasta que finalmente la pequeña traba metálica cedió y al caer al suelo su impacto retumbó en los oídos de Mario. La ventana estaba ahora abierta. Aterrado intentó gritar, pero por el miedo, ningún sonido salida de su boca como si se tratase de una horrible pesadilla en la que intentas gritar o despertarte y no puedes. El silbido comenzó a oírse dentro de la habitación. Mario cerró los ojos, incapaz de ver aquel terror espantoso que venía tras el. El silbido fue aumentando y acercándose hasta que sonó junto a su oído. En un aterrador instante Mario sintió que algo se lo llevara, casi como si estuviera volando, intentó gritar nuevamente, pero era inútil. Lo último que vio fue su cuerpo siendo arrastrado en la oscuridad de la selva por un ser espantoso que no dejaba de emitir aquel aterrador silbido.

Cuando el abuelo entró a ver a su nieto, solo pudo ver la ventana abierta de par en par y la luz de la luna que entraba iluminando el cuarto vacío. El pombero se había llevado una nueva víctima que hizo caso omiso a las advertencias de las personas que temen y respetan a ese terrible ser.